



BLIZZARD ENTERTAINMENT

Diario de viaje de Li Li

Capítulo IV



Capítulo cuatro: El Bosque Prohibido

Ya con suministros provenientes de La Granja de Dai-Lo, me preparé para mi viaje al lugar más mortífero de La Isla Errante: ¡el Bosque Pei-Wu!

La zona es peligrosa (el acceso a la misma está prohibido para casi todos los pandaren), y sabía que introducirse a hurtadillas sería complicado. Varias colinas, y empinadas y rocosas montañas rodean el denso bosque de bambú, y dos inmensos portones sellan el único verdadero camino a su interior. Estas sólidas y resistentes barreras están ubicadas a las afueras de la Aldea Mandori, donde he vivido toda mi vida. Puede parecer que eso lo haga más sencillo, pero siempre hay pandaren en la zona y es difícil superar los muros sin que te detecten.

Para hacerlo aún más complicado, mientras buscaba un sitio apartado desde el que superar la primera puerta vi a Bo, el Recio. ¿Por qué estaría danzando por los alrededores de la aldea precisamente ese día? Me preguntó qué pretendía antes, en Las Pozas Cantarinas.

—Disfrutar de la belleza y el esplendor que caracterizan a nuestro hogar—respondí. ¡Y era cierto!

A pesar de ello, Bo, el Recio, se limitó a fruncir el ceño y a ponerme mala cara, como de costumbre (me pregunto si sabe cuánto se parece a un sapo Lomomusgo cuando hace eso). Con Bo husmeando por los alrededores, decidí volver a casa para así pasar desapercibida y descansar hasta que estuviese segura de que no había moros en la costa. Antes del alba me deslicé por las tranquilas y vacías calles de la aldea y escalé los dos enormes portones con una cuerda de pelo de yak que cogí en Dai-Lo.

Poco después, el sol hizo acto de presencia sobre el horizonte, pero la densa vegetación de Pei-Wu bloqueaba casi toda la luz. La niebla rondaba por el suelo del bosque, lo que dificultaba aún más la visión. Sin embargo, podía escuchar sonidos a mi alrededor... muchos sonidos. La región es bien conocida por su abundancia de criaturas, pero solo una de ellas infunde temor en todos y cada uno de los corazones de los pandaren: el feroz tigre de Pei-Wu.

Uno de ellos *me* perseguía. Siempre que caminaba, escuchaba a lo lejos sonoras pisadas. Si yo me detenía, también se detenían. Si yo me movía, se movían. Entonces, de repente, la bestia aceleró el paso hacia mí, gruñendo y rugiendo. Adopté la postura del buey tenaz para defenderme mientras una figura gigante emergía de entre la niebla...

¡Era *Bo*, *el Recio*!

¿Por qué no podía ocuparse de sus asuntos? Sin mediar palabra, *Bo* me llevó de vuelta a casa, donde despertó a mi padre y le contó que había entrado a hurtadillas en el bosque prohibido. Papá me echó la bronca durante una hora larga, hasta que terminó por tranquilizarse. Como castigo, decidió que tendría que sufrir una semana entera de entrenamiento en Las Pozas Cantarinas... bajo la estricta supervisión de *Bo*.

Intenté decirle a papá lo que había estado haciendo, que había estado explorando la Gran Tortuga y escribiendo sobre lo maravilloso que estaba siendo el viaje. Creí que eso le haría sentirse bien, pero no parecía que lo comprendiese o le importase.

Dijo que mi castigo comenzaría al día siguiente, lo que significaba que tenía tiempo de visitar un sitio más. Aún echando chispas por lo que había pasado, me dirigí hacia el oeste hasta que llegué a un sendero largo y sinuoso que llevaba hasta El Bosque de Bastones, el lugar de descanso eterno para los viejos pandaren de La Isla Errante. Un enorme león de piedra, el guardián de los ancestros, protege la entrada, y el poderoso ser no te deja pasar a no ser que lo derrotes en un solo combate (yo fui una de las pandaren más jóvenes en pasar la prueba).

Hace años, antes de que abandonase la Gran Tortuga, el tío *Chen* me dijo que solía visitar esta parte de la isla en busca de inspiración. En ese momento no entendí por qué, pero ahora sí. Este sitio tiene cierta magia. Cuando se trae a alguien aquí para su último descanso, su bastón se planta en el suelo y este acaba creciendo hasta convertirse en un fabuloso árbol. Tras muchas generaciones, todo un bosque ha brotado; la historia completa de los grandes pandaren de la isla.

Incluso mi familia tiene un lugar aquí... Pero preferiría no escribir sobre ello. No visité dicho sitio en ese viaje. Tras mi discusión con papá, lo último que necesitaba era sentir más angustia.

Mientras daba un paseo por uno de los arbustos más viejos de la zona, me crucé con el ancestro Shaopai que encendía incienso en el santuario de su familia. Es un pandaren increíblemente sabio, procedente de la cercana Aldea de Brisa Temprana. El ancestro ha dedicado toda su vida a registrar palabras de sabiduría en beneficio de las futuras generaciones.

Shaopai caminó a mi lado durante un corto espacio de tiempo, y fue señalando los árboles y mencionando a los que allí yacían. Antes de marcharse a su aldea, me dijo:

—Noto que tienes muchas cosas en tu mente, pequeña Cerveza de Trueno. No me corresponde preguntarte por asuntos personales, pero quiero que tengas esto— El ancestro me dio un objeto suave y redondo, un poco mayor que mi zarpa: una piedra de sosiego—. Cuando la losa de la vida sea demasiado pesada, la piedra de sosiego aligerará su carga. Su magia es muy poderosa.

Siempre había pensado que las piedras de sosiego eran baratijas sin ninguna utilidad, pero si un genio como Shaopai creía que funcionaban, para mí era suficiente.

Cuando dejé el bosque, una extraña sensación me invadió por completo, y hasta ahora no he podido quitármela de encima. Estaba agradecida por el regalo de Shaopai y por haber visitado tantos lugares geniales en la isla, pero quería *más*. La Isla Errante es una preciosa tierra encantada, repleta de historia y maravillas. Para mí, sin embargo, es mi hogar. Ya lo he visto todo en ella. Mientras, ahí fuera hay todo un mundo que espera ser explorado, y me temo que jamás podré experimentarlo.

Pasé el resto del día en El Gran Archivo, leyendo de nuevo las cartas del tío Chen. Lo echo de menos. Papá dice que es muy probable que haya perdido la vida en una de sus "locas" aventuras, pero no me lo creo. Sé que aún está ahí fuera, en algún lado, y sé que algún día volverá.

Hasta entonces, todo lo que puedo hacer es mantener viva la filosofía del viajero aquí, en la Gran Tortuga. El tío Chen estaría orgulloso... Y mis ancestros estarían orgullosos. ¡Es como siempre se supuso que debíamos vivir! Tal y como el propio Liu Lang dijo una vez: "Cada horizonte es un cofre del tesoro; cada mapa en blanco, una historia que espera ser contada".

Ojalá mi padre entendiese eso. Da igual lo que diga; sé que un día dejaré mi huella en el mundo.

Y cuando lo haga, puede que el tío Chen esté a mi lado.

Li Li Cerveza de Trueno